

# RESEÑAS

Corona Calcaño, Iván (2012). *La muralla constelada*. Caracas: Fundación Casa Nacional de las Letras “Andrés Bello”.

**Celso Medina**  
Universidad Pedagógica Libertador-  
Instituto Pedagógico de Maturín.  
medinacelso@gmail.com



Iván Corona Calcaño inscribe su poesía en una tradición poco explorada en Venezuela: la del poema máscara, cuyos exponentes más destacados son José Antonio Ramos Sucre, Elí Galindo y Francisco Pérez Perdomo. Su acción poética se sostiene sobre dos elementos esenciales: cierto tono narrativo y la creación de atmósferas forjadas con correlatos míticos e históricos. *La Murallada constelada*, ganador de la mención poesía de la Bienal Literaria Cruz Salmerón del año 2012, invoca al poeta y antropólogo francés, Victor Segalen y al mismo Ramos Sucre. Con ellos urde su trama poética.

Lo interesante es cómo Corona Calcaño tensa su yo poético con una realidad histórica, que sirve de señuelo para introducirnos en lo que no dudaríamos en llamar un pensamiento poético con una filosofía de paradojas. Su primera parte, Cartografía del imperio se arma con un relato que tiene como trasfondo la imagen del antropólogo francés. La geografía que intenta cartografiar es una cantera de signos para el extravío. El ser que está ahí se arroja con gozo hacia una mística que celebrará el despojo de lo real, para hundirse en la humildad mística. Los poemas son inscripciones para el naufragio. Quien entre a este laberinto se detendrá en el centro donde se encuentran los cuatro ríos (los horizontes) no con la esperanza de darle feliz término al camino recorrido; hará más bien como Cavafis, procurará que el camino sea largo, tan largo que tenga como norte el infinito.

El poeta dirá:

Estos son los caminos del imperio, vastos como los cuatro ríos.

Para el viajante que no los conoce bien, todos tienen una dirección precisa e inequívoca, pero quien los recorre todos los días sabe que estos caminos se confunden y llevan hacia rumbos desconocidos e inesperados.

El poeta viajante de Coronado Calcaño es un héroe de la levedad que trasciende a un cielo que no existe en el arriba, sino en la raíz de la vida.

El poeta toma el cuerpo de un príncipe guerrero, que presta su máscara para decir:

Que se olviden mis talentos, mi dulzura para el canto, la suavidad de mis gestos, y que, como al ejército del príncipe, se atri-

buya con perplejidad mi conquista de su corazón, solo al cielo.

Se trata de un deseo de escindirse para recuperarse en un cosmos más trascendente que el pobre cuerpo del hombre histórico, condenado a vivir atado a las hazañas y a los elogios. Por ello, ese príncipe poeta tiene claro donde está su reino:

Por esta razón el emperador ha llamado a su trono la montaña.

El poeta es, entonces, un escrutador, su camino no está hecho de senderos, sino de signos-enigmas. Y su yo es discreto y solo se asoma para celebrar el viaje de los gozosos extravíos.

El Poema “Los diez soles” habla de la luz como un escándalo, como resplandor que enceguece, por lo que la tarea del poeta príncipe es ir poco a poco venciendo a los soles, para quedarse con uno: el que garantiza la modesta luz refugiada en “la noche guardiana de todas las riquezas”.

La segunda parte de este poemario, “El reino sin marca”, precedido de un epígrafe de Ramos Sucre, que tematiza “la mansión hermética”, pierde el tono de narratividad de la primera parte, pero gana en hondura reflexiva. Reúne poemas brevísimos, de aliento aforístico, que lleva a extremos el juego de las paradojas, insistiendo en la imagen de la luz. Uno de esos poemas dice:

Con tiniebla se alumbraba otra tiniebla  
mas cómo ha de alumbrarse luz con luz.

Apaga todos tus fuegos y aún la estrella más tenue habrá de cegar todo el país.

Estos versos postulan una poesía como videncia, en el más claro puente con Rimbaud. ¿Pero qué ve el poeta?

Quizás un vacío pleno de vitalidad raigal, donde montaña y cielo son dos cimas que se hermanan para ofrecernos el espectáculo de la naturaleza y sus enigmas.

“La llama fatua del trópico”, así titula la última parte de su poemario Coronado Calcaño. Sigue tramando paradojas, ahora con la materialidad de la luz, procurando aterrizar en el candente trópico. El fuego que purifica no es el que quema, sino el que ilumina los enigmas no para comprenderlo, sino para acentuar el goce de los infinitos. El poema “Casa” nos habla de ese fuego iluminante:

“Casa”

Que el poema sea  
como la casa y su hechizo espacio ganado a la intemperie y al incendio  
que sea como la pobre llama que enciende el hombre contra la rica llama del país  
que tiembla que vacila  
como el hilo de los amantes hilo roto en el milagro.

Este poemario da cuenta de ideas tramadas con una reflexión imaginativa, que recorren los versos sin imágenes altisonantes ni metáforas estridentes. La poesía fluye aquí, con la modestia de quien solo quiere dejar constancia de que vive en este mundo. El autor parece conseguir más consuelo en las máscaras de viejos poetas y tradiciones, que en una realidad que quiere acallarnos el sentimiento.